

## **DE TRUDEAU (PIERRE) A TRUDEAU (JUSTIN): ¿UN GIRO A LA DERECHA EN LA POLÍTICA EXTERIOR DE CANADÁ?\***

*John M. Kirk*

### **Introducción. Los años sesenta (la edad de oro de la política internacional canadiense)**

Entre 1963 y 1968 Lester Pearson fue primer ministro, tras una ilustre carrera diplomática que incluyó varios años como canciller de Canadá. Fue presidente de la Asamblea General de la ONU en 1952, puesto que empleó para tratar de encontrar una solución a la Guerra de Corea, aunque no logró conseguir la paz en esa situación diplomática tan espinosa. Tuvo más éxito en 1956, cuando desarrolló un plan internacional para asegurar la paz en Egipto, que incluía la presencia de las fuerzas de países de la ONU, lo cual resolvió el conflicto del Canal de Suez en el que murieron 3000 personas. En 1957 recibió el Premio Nobel de la Paz por su compromiso con los procesos de paz mundiales, sin duda un excelente reconocimiento para su larga trayectoria en la diplomacia internacional. Pearson fue elegido primer ministro en 1963, y mantuvo un fuerte interés en las relaciones internacionales. Por ejemplo, defendió el papel de la OTAN y el rol de Canadá en la política global, y participó activamente en las discusiones entre Gran Bretaña y Rodesia (más tarde Zimbabue) en el proceso de independencia de esta última nación, además de que siempre mantuvo su autonomía de criterio frente a Estados Unidos, lo cual demostró al criticar su papel en la Guerra de Vietnam. Como resultado de estas iniciativas se fue formando una singular identidad canadiense en el ámbito de la política internacional, tendencia que continuó con Pierre Elliott Trudeau.

Trudeau fue elegido miembro del Parlamento en 1965, y pronto lo nombraron secretario parlamentario de Pearson y ministro de Justicia. Cuando

\* Se reconoce el apoyo de Emilia Santos-Montero y de Fernando Díaz Hermosillo en la revisión de este texto.

su mentor decidió retirarse de la política, Trudeau se propuso como candidato para el liderazgo, y fue elegido en 1968. Durante los siguientes dieciséis años la reputación de la política internacional de Canadá creció notablemente. Trudeau había viajado mucho en el Sur global y entendía claramente las necesidades de desarrollo en los países subdesarrollados. Además, era un ferviente nacionalista, preocupado por el control económico que ejercía Estados Unidos. Comprendía bien la dependencia comercial de Canadá con Estados Unidos, pero no temía expresar sus preocupaciones sobre la influencia estadounidense: “Vivir al lado de ustedes es hasta cierto punto como vivir al lado de un elefante. Por amigable y sociable que sea la bestia —si así se la puede llamar— nos afecta cualquier sacudida y gruñido suyo” (CBC Radio, 2018). Como nacionalista económico intentó desarrollar la “tercera opción”, mediante la reducción de los lazos políticos y económicos con Estados Unidos y la Mancomunidad Británica, y fortaleciéndolos con otros países para de esa manera mantener la independencia económica de Canadá.

Durante los mandatos de Pierre Trudeau se desarrolló una política exterior sumamente independiente, proactiva y decisiva. A diferencia de su mentor, Lester Pearson, criticó el papel de la OTAN y redujo la contribución económica con la que Canadá tradicionalmente la había apoyado. Respecto de los dos polos opuestos de la política internacional durante la guerra fría —Estados Unidos y la Unión Soviética— adoptó una política más independiente, reuniéndose con los líderes de los dos bloques políticos internacionales, animándolos a reducir la amenaza de una guerra nuclear y así bajar las muy notables tensiones de esa época. Viajó a Beijing y en 1970 estableció relaciones diplomáticas con China, nueve años antes de que lo hiciera Washington.

Viajó también a Moscú, en 1971, donde firmó un acuerdo sobre relaciones internacionales con el primer ministro Aleksei Kosygin. En una entrevista concedida en Moscú enfatizó la necesidad de una política canadiense más independiente: “Canadá ha descubierto que es cada vez más importante diversificar sus canales de comunicación a causa de la presencia abrumadora de Estados Unidos. Ello se refleja en la conciencia creciente entre los canadienses de que esto constituye un peligro para nuestra identidad nacional” (Shabad, 1971). Fortaleció, así, las relaciones con la Unión Soviética, aunque también criticó sus prácticas de gobierno, y en particular le preocupaba su agresiva dominación política en los países socialistas de Europa oriental. En 1970 apareció un análisis profundo de las relaciones internacionales de Canadá, “Foreign

Policy for Canadians”, en el que se enfatizaba una visión equilibrada del papel que podría desempeñar Canadá en la comunidad internacional.

Durante el liderazgo de Pierre Trudeau destacaron dos temas en la política internacional: una comprensión de la visión tercermundista y los valores de justicia social y dignidad. Para apoyar estas prioridades de desarrollo internacional se fundaron dos instituciones sumamente importantes, la Canadian International Development Agency (CIDA) y el International Development Research Centre (IDRC). Defensor infatigable del diálogo Norte-Sur, viajó con frecuencia a países del llamado tercer mundo y abogó por la necesidad de apoyo económico para las naciones en vías de desarrollo.

Como microcosmos de esta visión global, la independencia de Trudeau se puede visualizar con claridad en su relación con Cuba. En 1976, por ejemplo, fue el primer líder de un país miembro de la OTAN en visitarla —en plena guerra fría— cuando se convirtió en un buen amigo de Fidel Castro. Durante su gobierno, las relaciones con la isla se estrecharon, comenzó el turismo canadiense a Cuba, se concedieron créditos comerciales al gobierno cubano, inició la amplia inversión canadiense en varias industrias, se formaron profesionalmente muchos estudiantes cubanos en el programa Canadian University Services Abroad (CUSO), y se establecieron comisiones para desarrollar el comercio bilateral. En efecto, las relaciones económicas crecieron notablemente, y entre 1961 y 1981 las exportaciones canadienses a Cuba aumentaron de 40 000 000 a 450 000 000 de dólares canadienses, mientras que las cubanas a Canadá durante el mismo plazo crecieron de 7 000 000 a 196 000 000 (Kirk y McKenna, 1997: 106). Como una evidencia de los fuertes lazos personales entre Trudeau y Fidel Castro, cuando falleció el primero en 2000 la familia invitó al mandatario cubano a participar en las ceremonias funerales en Montreal.

En resumen, durante los años de Pierre Trudeau como primer ministro fueron varias las iniciativas que se impulsaron para mantener una política internacional independiente, equilibrada y justa. Con claridad, Trudeau adoptó una posición nacionalista y defendió con vigor los intereses canadienses frente a Washington. Sobre todo, el político canadiense entendía bien los desafíos que enfrentaban los países del mundo en desarrollo y el gobierno de Canadá contribuyó con lo que pudo a su progreso económico. Desde su decisión de retirarse de la vida política en 1984, poco a poco la tendencia progresista fue desapareciendo.

## **1984-2015: la política internacional canadiense gira a la derecha**

De 1993 a 2003, durante el periodo de gobierno del primer ministro liberal Jean Chrétien, se dieron señales de un intento de seguir una política multilateral como la de Pierre Trudeau; sin embargo, después de ese periodo la política externa canadiense fue dirigiéndose cada vez más hacia la derecha, y en particular fue desarrollándose una estrecha relación cada vez más notable con la política exterior de las administraciones estadounidenses. En concreto, es en los gobiernos de Brian Mulroney (1984-1993) y Stephen Harper (2006-2015) donde se aprecia claramente una política más conservadora y pro Washington, es decir, un rechazo completo de los valores globales independientes de Pierre Trudeau, así como un distanciamiento muy notable del concepto de multilateralismo.

Cuando Pierre Trudeau dejó la vida política en 1984, Canadá tenía una excelente relación con el Sur global, y justo por ello también notorias diferencias de opinión con el gobierno de Washington. Con Brian Mulroney, no obstante, esta dinámica pronto cambió, y tanto el Acuerdo de Libre Comercio entre Canadá y Estados Unidos (FTA, Free Trade Agreement U. S.-Canada) de 1989, como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), que entró en vigor en 1994, y el Tratado México-Estados Unidos-Canadá de Libre Comercio (T-MEC), de 2020, ilustran esta visión netamente continentalista de Mulroney y Harper. Se trataba de reducir los intereses globalizadores para enfocarse en fortalecer la relación con Estados Unidos, el principal socio económico de Canadá. Mejorar la economía nacional se convirtió, entonces, en la prioridad de ambos primeros ministros conservadores, para lo cual se precisaba crear relaciones más estrechas con Estados Unidos, una dependencia económica que pronto derivó en un acercamiento importante a la política internacional de Washington.

Brian Mulroney gobernó en una época de mucha tensión durante la guerra fría, un periodo en que Ronald Reagan tildó a la Unión Soviética de “imperio del mal”. Siguieron fuertes tensiones entre las dos superpotencias, que después resultaron en la caída del Muro de Berlín y en la implosión de la Unión Soviética. Durante estos años de la guerra fría podía apreciarse el auge de la industria militar, que entre otras cosas amplió la capacidad de alcance de los misiles intercontinentales de ambos bandos. Como resultado, tanto Estados

Unidos como la Unión Soviética (y luego Rusia con Boris Yeltsin y Vladimir Putin) contaban con misiles suficientes para destruirse mutuamente. Éstas eran las circunstancias internacionales imperantes bajo el mandato de Mulroney, quien decidió que, dada la necesidad de estrechar relaciones comerciales con Estados Unidos, también hacía falta demostrar apoyo para su política internacional.

Al asumir esa dirección Mulroney se distanciaba paulatinamente de la política de Trudeau. Mientras que este último le demostraba, durante sus últimos años como primer ministro, una frialdad personal e intelectual a Reagan y a la política internacional estadounidense, el primer ministro conservador decidió desechar esa estrategia y retomar, en cambio, el camino ofrecido por una relación más estrecha con Washington. Rechazó completamente la visión globalista de su antecesor, prefiriendo desarrollar una relación personal muy fuerte, primero con el presidente Reagan y luego con George H. W. Bush.

Para Reagan era sumamente importante contar con la unidad continental —en los niveles militar, comercial y político— como una defensa indispensable en contra del avance socialista, y por ello necesitaba del apoyo manifiesto de Canadá, su vecino con el que comparte una frontera de unos 9000 kilómetros y su principal socio comercial en ese momento. Brian Mulroney apoyaba este objetivo, ya que lo veía como la mejor estrategia para defender a Canadá en el caso de una guerra nuclear y, además, porque era la mejor manera de fortalecer la economía canadiense. En realidad tanto Mulroney, como posteriormente Stephen Harper, fueron firmes aliados estratégicos de Washington en la defensa del sistema internacional unipolar que impulsaba Estados Unidos y, al mismo tiempo, promovieron sus intereses comerciales. En particular, esta tendencia se apreciaba más en Stephen Harper, quien ya en el siglo XXI demostró un rechazo firme a la ideología comunista. Es pertinente señalar que Mulroney tenía una visión menos ideológica que Harper, pero sí veía con claridad las ventajas de un acuerdo de libre comercio con Estados Unidos, y de manera coyuntural, más tarde con México a través del TLCAN, firmado en 1992.

A pesar de las diferencias de opinión entre Mulroney y Harper hace falta enfatizar la manera en que los dos primeros ministros conservadores entendían la necesidad de una profunda alianza con la política internacional de Estados Unidos. Estos estrechos lazos económicos, y una política de reciprocidad, eran el único camino para conseguir la prosperidad económica. Es

importante recordar que Mulroney fue elegido en medio de una crisis económica, con una recesión muy grave y una tasa de inflación alta. Incluso, con frecuencia señalaba que su misión principal en la agenda doméstica era crear más y mejores empleos para los canadienses. De este modo, a su juicio, tal reto podría solucionarse estrechando las relaciones con Estados Unidos.

Para Brian Mulroney, la prioridad era desarrollar la economía canadiense, y el socio lógico para llevar a cabo ese proyecto era Washington. Había criticado con firmeza la política internacional de Trudeau quien, según él, no sólo no había sido lo suficientemente crítico con la Unión Soviética, sino que más bien, por el contrario, no prestó la atención necesaria a las relaciones con los aliados tradicionales de los canadienses: Estados Unidos, Gran Bretaña e Israel. En cambio, lo que Mulroney ofrecía, de acuerdo con un antiguo y reconocido diplomático, eran “relaciones estupendas” con Washington, la necesidad de fortalecer la “amistad especial” que se había perdido con Trudeau y, en caso de presentarse agendas contrarias, darle el “beneficio de la duda” a Estados Unidos (Heinbecker, 1974: 75-76).

Poco a poco las fricciones que habían sido frecuentes en la relación entre Trudeau y Reagan desaparecieron. A diferencia de Estados Unidos, Canadá apoyó las sanciones contra Sudáfrica, pero en general su política respecto de los derechos humanos fue muy ambivalente y de nuevo subordinada a los intereses comerciales. El gobierno de Mulroney, por ejemplo, condenó la masacre en la plaza Tiananmen en Beijing en 1989, pero para 1991 la ayuda bilateral había aumentado, y en 1994 China fue el país que más apoyo recibió del gobierno canadiense (*Canada's Human Rights History*, 2020). Por otra parte, mientras el comercio bilateral con China se incrementaba, aun a pesar de regulaciones oficiales canadienses que prohíben la venta de armas a países con señalamientos persistentes de abusos a los derechos humanos desde los años ochenta, el gobierno de Mulroney también vendió armas a Chile, Guatemala, Paquistán, Filipinas, Corea del Norte e Indonesia, política que, por cierto, también seguía Washington.

Un acontecimiento que muestra la concordancia de las estrategias internacionales de Canadá y Estados Unidos fue, sin duda, la primera guerra del Golfo (1990-1991), a la cual el gobierno canadiense envió 4000 soldados a participar en la Operación Tormenta del Desierto (*Operation Desert Storm*), encabezada por Estados Unidos para liberar Kuwait de las fuerzas iraquíes de Saddam Hussein.

A diferencia de Pierre Elliott Trudeau, quien nunca tuvo relaciones cercanas con los presidentes estadounidenses con los que coincidió, Mulroney buscó llevarlas a un nivel personal y de amistad, como en efecto lo fueron con Ronald Reagan y George H. W. Bush. Estas relaciones personales exitosas llegaron a convertirse —para muchos canadienses— en una especie de gala teatral, cuando por ejemplo al culminar una reunión bilateral en la ciudad de Quebec en 1985, los dos mandatarios (Reagan y Mulroney), acompañados de sus esposas y haciendo referencia a sus orígenes irlandeses, entonaron juntos la canción folclórica “When Irish Eyes are Smiling”.

De este modo, resulta claro que Mulroney buscó cultivar estos lazos personales con mucha determinación. Puede afirmarse que sus vínculos de amistad fueron incluso más estrechos con el presidente George H. W. Bush, pues en efecto en varias ocasiones él y miembros de su familia pasaron las vacaciones en la hacienda de los Bush en Kennebunkport, Maine. Por ello, puede afirmarse que jamás ha existido una relación personal más estrecha entre los líderes de Canadá y Estados Unidos que en esos años, y que ello se reflejó en la política internacional que seguían ambos países.

Como símbolo de esta relación entre Canadá y Estados Unidos es importante señalar que Brian Mulroney pronunció sendos discursos fúnebres en los funerales tanto de George H. W. Bush como de Ronald Reagan. Debe mencionarse que nunca antes un antiguo primer ministro lo había hecho. Por ejemplo, en el funeral de Bush, Mulroney se refirió a Estados Unidos como “la república democrática más grande que Dios ha puesto en este mundo” (Morrow, 2018).

Es necesario establecer que Brian Mulroney y Stephen Harper han compartido públicamente su inmenso respeto por el liderazgo de Estados Unidos en el mundo. Los dos líderes han interpretado el papel de Canadá como un complemento fundamental de la política de Washington, tal y como lo expresó Harper en una reunión en Cancún en 2006: “Una amenaza a Estados Unidos es una amenaza a Canadá, a nuestro comercio, a nuestros intereses, a nuestros valores y a nuestra civilización compartida. Canadá no tiene amigos entre los enemigos de Estados Unidos. Y los Estados Unidos no tienen mejor amigo que Canadá” (Troy y MacDonald, 2011).

Durante el gobierno del líder del Partido Conservador Stephen Harper (2006-2015), la tendencia derechista predominante de esos años, establecida por Brian Mulroney, se acentuó mucho más. El interés comercial con Estados

Unidos se mantuvo, pero a diferencia de con Mulroney también existía un interés ideológico mucho más arraigado con una oposición firme, doctrinaria e incluso religiosa a las ideologías de izquierda. Harper, por ejemplo, condenó en 2014 “la ideología venenosa del comunismo y sus prácticas violentas” y agregó que “casi la cuarta parte de los canadienses, o fueron cautivos de las cadenas del comunismo, o son los hijos de esas víctimas” (Canadian Broadcasting Company, 2014a).

Se aprecia claramente esta actitud contra los gobiernos de izquierda en la reacción del gobierno canadiense al golpe de Estado en Honduras de 2009. Precisamente en ese año el presidente Manuel Zelaya (centro-izquierda) había propuesto una nueva legislación que resultaría en cambios significativos que impactarían a los inversionistas extranjeros en el país, entre ellos el aumento de impuestos para las empresas mineras extranjeras, la prohibición de la minería a cielo abierto, o la instauración de consultas entre las comunidades locales antes de otorgar permisos de explotación minera a empresas del exterior. Zelaya también aumentó los salarios mínimos y promovió legislación para proteger el medioambiente, medidas que perjudicaban los intereses de las empresas canadienses que dominaban la economía minera hondureña (Escalera-Flexhaug, 2014).

En junio de 2009, el ejército hondureño expulsó a Zelaya, quien partió con rumbo a Costa Rica, y mientras que la mayoría de los países integrantes de la Organización de Estados Americanos (OEA) condenó el golpe e insistió en el regreso del presidente constitucional, Canadá no apoyó esa posición, e incluso se opuso al retorno de Zelaya a Honduras. En noviembre de 2009 tuvieron lugar elecciones nacionales en Honduras, condenadas por Amnistía Internacional, Human Rights Watch y la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, entre otras organizaciones. En ese periodo fueron asesinados dieciocho candidatos de la oposición durante la campaña electoral, y se documentaron muchos abusos por parte de la policía y las fuerzas armadas. Sólo Estados Unidos, Costa Rica, Colombia y Canadá aceptaron la validez de las elecciones como democráticas.

Canadá, de hecho, defendió el nuevo gobierno, encabezado por Porfirio Lobo, y apoyó con vigor su readmisión en la OEA. Incluso Stephen Harper fue el primer líder extranjero en visitar Honduras después de la inauguración presidencial, cuando felicitó al nuevo mandatario. Si se consultan las páginas electrónicas del gobierno canadiense para analizar la relación bilateral



con Honduras se encontrará poca información, y la que existe presenta una realidad distorsionada. Por ejemplo, puede leerse una nota de enero de 2014 que indica que la ministra Lynne Yelich iba a viajar a la capital para la ceremonia de toma de protesta del presidente Juan Orlando Hernández. El informe del gobierno canadiense indica que viaja, entre otras cosas, para “destacar la tradición profunda de cooperación con Honduras en las áreas de desarrollo, comercio, gobierno democrático, derechos humanos y seguridad” (Global Affairs Canada, 2014a).

Es notable que no se encuentre ninguna crítica de la situación de los derechos humanos, aunque Honduras tiene uno de los peores registros de América Latina en la materia. Por ejemplo, en las elecciones de 2017 al menos veintidós civiles fueron asesinados, y hubo 1300 detenciones. Entre 2014 y 2016 fueron ultimados veinticinco periodistas, y en 2016 trece abogados, mientras que unos 5000 policías fueron apartados de sus puestos por corrupción (Human Rights Watch, 2019). Se buscará en vano una condena por parte del gobierno canadiense a tales abusos.

La política internacional que siguió el gobierno de Stephen Harper durante casi una década giró radicalmente a la derecha. Otro factor importante fue la necesidad de tomar en cuenta la influencia de los grupos de inmigrantes en Canadá, sobre todo en zonas importantes desde el punto de vista electoral. En las provincias occidentales de Canadá, por ejemplo, está presente una fuerte diáspora ucraniana —casi 1 200 000 personas en Manitoba y Alberta— y tanto Brian Mulroney (cuya esposa Mila nació en la antigua Yugoslavia, ahora Bosnia-Herzegovina) como Stephen Harper no perdieron la oportunidad para condenar los abusos que habían sufrido los pueblos de Europa del Este durante su etapa como países socialistas.

De esa forma, Harper enfatizaba su ideología reaccionaria mientras fortalecía su base electoral doméstica. En una conferencia de prensa, por ejemplo, Harper condenó una serie de ataques en Ucrania: “No cabe la más mínima duda de que los responsables de la violencia y la desestabilización en Ucrania son agentes del gobierno de Rusia [...]. La conducta de Rusia en estas actividades es inaceptable” (Global Affairs Canada, 2014b). Algo parecido ocurrió respecto de la comunidad tamil —son unos 300 000 inmigrantes, muchos radicados en Ontario, en distritos clave para las elecciones federales—. En 2013, Harper boicoteó la Cumbre de Líderes de Países de la Mancomunidad Británica en Colombo, Sri Lanka, y condenó el tratamiento de

ese país hacia los tamiles. De este modo, de nueva cuenta Harper combinó sus prejuicios ideológicos, poniéndolos en juego al lado de su pragmatismo político, para sacar ventajas electorales y así fortalecer bastiones conservadores nacionales en riesgo.

También se podía observar esta estrategia de explotar las raíces culturales para ganar votos en sus opiniones respecto de Israel. En Canadá viven unos 400 000 judíos, de los cuales la mitad reside en Toronto y sus alrededores, que es por cierto un área de enorme valor electoral. Stephen Harper defendió firmemente la política de Israel, e incluso llegó a declarar que constituía “una luz de libertad y democracia en una región de oscuridad” y que el Estado israelí “siempre podrá contar con Canadá como su amigo” (Casillag, 2014). El primer ministro conservador también solía condenar la política de varios grupos palestinos. Por ejemplo, en julio de 2014, frente a la condena internacional de un bombardeo en una escuela de la ONU para refugiados palestinos por fuerzas israelíes que culminó en la muerte de diecisiete personas, Harper defendió las acciones de Israel: “Para nosotros el grupo terrorista Hamas es responsable. Ha iniciado y continúa este conflicto con el único objetivo de la destrucción del Estado de Israel” (CBC, 2014b).

Es necesario señalar que desde el principio de su mandato, Harper se refería a la necesidad de desarrollar una política exterior basada en principios morales sólidos. Por eso rechazó la posibilidad de mejorar las relaciones con China: “No creo que los canadienses quieran que abandonemos los importantes valores nuestros: la democracia, la libertad, los derechos humanos. No quieren que nos vendamos simplemente para ganar dinero” (Brean, 2014). Incluso concedió la ciudadanía canadiense honoraria al dalai lama, y se negó a asistir a los Juegos Olímpicos en Beijing, invocando principios morales. Sin embargo, ocho años más tarde Harper viajó a China, donde se reunió con el presidente Xi Jinping, lo cual demostró que aquellos principios fueron reemplazados por el pragmatismo, y esto resultó en contratos confirmados con un valor de dos y medio billones de dólares canadienses.

Como puede observarse, sí hay tendencias del conservadurismo compartidas por Brian Mulroney y Stephen Harper, pero también diferencias de énfasis en sus políticas. Ambos líderes preferían fortalecer las relaciones bilaterales con Estados Unidos y de forma consistente condenaban cualquier iniciativa de centroizquierda. Dicho esto, es importante notar que Harper daba más rienda suelta a sus raíces ideológicas y que era menos pragmático

que Mulroney. Ahora bien, en última instancia su política protagonista a nivel internacional recibió un duro golpe en 2010, justo cuando Canadá perdió frente a Portugal en su esfuerzo por conseguir un escaño en el Consejo de Seguridad de la ONU. Este evento marcó la primera ocasión en que Ottawa sufría una derrota diplomática de tales dimensiones. Posteriormente, cuando el liberal Justin Trudeau ganó las elecciones en 2015 prometió devolverle a Canadá su honroso papel tradicional de “corredor de poder”. En ese año, la ciudadanía canadiense lo eligió con un gobierno de mayoría parlamentaria, con la esperanza, entre otras cosas, de un cambio de dirección en la política internacional.

### **Justin Trudeau: 2015-2020**

La política exterior de Canadá en el periodo de Justin Trudeau comenzó con grandes promesas de cambio, además de con un rechazo tajante a la visión cerrada de Harper, pero no ha alcanzado los resultados esperados. No cabe duda de que ha habido éxitos: por ejemplo, Canadá recibió a unos 40 000 refugiados sirios y es visible un compromiso genuino con una política internacional feminista, pero en general no ha conseguido cumplir con los objetivos que había prometido en su primera campaña política. La plataforma electoral de Justin Trudeau contemplaba varias iniciativas: un papel sumamente activo en la ONU, que incluía un acuerdo para enviar una mayor cantidad de fuerzas militares canadienses a sus misiones de mantenimiento de la paz, así como mejorar las relaciones con Irán y Rusia. Cabe recordar que Harper cerró la embajada canadiense en Teherán y que Trudeau se comprometió a reabrirla para, de esa forma, mejorar la comunicación con el gobierno iraní.

Pues bien, no se han cumplido esos compromisos, y como ilustración del fracaso de la política internacional del gobierno de Trudeau puede afirmarse que actualmente Canadá tiene relaciones bilaterales escasas con tres de las principales potencias mundiales: Rusia, China e India. También existen fuertes diferencias de opinión con Estados Unidos, aunque es cierto que Trudeau logró limar las asperezas que resultaron de la retórica cruda del expresidente estadounidense Donald Trump. Son varias las razones que pueden explicar este proceso: la aparente falta de interés (y la inexperiencia) de Trudeau en materia de relaciones internacionales, la actitud protagónica y suma-

mente conservadora de la ministra de Asuntos Exteriores Chrystia Freeland (2017-2019) y el impacto sobre Canadá de las políticas de la administración de Trump.

En gran parte, la falta de imaginación en la política internacional de Canadá se deriva de dos dificultades fundamentales que fueron convirtiéndose en retos enormes para el joven líder político: las tácticas impredecibles del expresidente Trump (y el impacto que tuvieron sobre la economía canadiense), así como el costo económico de la pandemia de la Covid-19. Dada la dura realidad de que Canadá depende en gran medida de la economía estadounidense —un 75 por ciento de las exportaciones canadienses se envían a Estados Unidos (trescientos treinta y tres billones de dólares estadounidenses en 2019)—, el gobierno de Justin Trudeau buscó mantener una relación cordial con el líder del país vecino, algo que no fue fácil dado el temperamento irascible de Trump. La pandemia de la Covid-19 también ha sido un tema predominante, por razones obvias, sobre todo debido a sus repercusiones sumamente negativas sobre la economía de la nación. No se deben subestimar las muy importantes consecuencias de estos dos factores.

La influencia negativa sobre la política internacional de Canadá que resultó de la presidencia de Donald Trump fue enorme. Justin Trudeau sin duda tuvo una excelente relación de colaboración con su predecesor, Barack Obama, y de hecho surgió un muy visible respeto mutuo entre los dos líderes, quienes además compartían una visión política liberal, tanto en cuestiones domésticas como de política internacional. En cambio, Donald Trump se convirtió en un problema de grandes dimensiones para el líder de Canadá —y quizás lo hubiese sido para cualquier otro primer ministro—, dadas, por un lado, la dependencia canadiense respecto de la economía de Estados Unidos que hemos mencionado y, por otro, las notables diferencias de opinión. El expresidente era “la antítesis misma de todo lo que representa el gobierno canadiense actual. Trump [era] aislacionista, proteccionista y un nacionalista temerario” (Delvoie, 2018). Sin duda, habría sido sumamente difícil para cualquier gobierno desarrollar los intereses nacionales, sobre todo si se toma en cuenta la dependencia económica de Canadá descrita, sin ofender al exmandatario del país vecino.

Un factor sumamente importante en el notable giro a la derecha en la política exterior de Canadá fue el papel desempeñado por Chrystia Freeland, ministra de Asuntos Exteriores entre 2017 y 2019, habida cuenta del

desinterés relativo del primer ministro. El primer canciller del nuevo gobierno fue Stéphane Dion, cuyas ideas sobre la necesidad de reparar las relaciones con Rusia eran inaceptables para Trudeau. El asesor de Dion fue el académico Jocelyn Coulon, quien en un libro sobre sus experiencias enfatiza la manifiesta falta de preocupación por parte de Trudeau en las cuestiones internacionales, lo cual demuestra al relatar que en sus catorce meses como canciller, Dion se reunió con Trudeau en privado solamente una vez para hablar sobre la política internacional (Wells, 2018). La reunión duró cinco minutos. Trudeau lo sustituyó con Freeland, que tenía una visión política sumamente conservadora, pero en quien tenía plena confianza. Ella ya había sido su ministra de Comercio Internacional (2015-2017) y para su segundo mandato —surgido de las elecciones de 2019— Trudeau la nombró viceprimera ministra. Sus abuelos maternos eran ucranianos y trabajó como periodista tanto en Ucrania como en Moscú (donde el gobierno de Putin la declaró persona *non grata* por sus observaciones críticas de la política rusa). Fue también la negociadora principal de Canadá en el Tratado México-Estados Unidos-Canadá de Libre Comercio (T-MEC), y además ha publicado dos libros, ambos muy bien recibidos por la crítica.

Varios analistas apoyaron las posiciones asumidas por la ministra Freeland, e incluso consideran que han contribuido a mejorar el perfil internacional de Canadá: “Chrystia Freeland ha devuelto la política exterior de Canadá a su rumbo tradicional, convirtiendo al país en líder en varias cuestiones de política internacional, como los derechos humanos, la seguridad y la cooperación con los aliados para mantener un orden con base en reglas constituidas” (Kolga, 2018). Esta opinión adopta el concepto de los principios morales como el fundamento de la política, apoyados por un juego de reglas aceptadas por la comunidad internacional.

Lamentablemente esta visión construida con base en los principios morales y la intención de Trudeau de hacer una contribución valiosa a la comunidad internacional han chocado con la realidad. El primer ministro se había comprometido a regresar a la tradición de apoyar las iniciativas de la ONU para mantener la paz, tema importante en la historia de la diplomacia canadiense. Como se ha mencionado, hace alrededor de cincuenta años el *premier* Lester Pearson recibió el Premio Nobel de la Paz por diseñar un programa para lograrla en la crisis del Canal de Suez. Los datos reflejan que en 1964 había 2400 miembros de las fuerzas armadas en tales operaciones, 4700 en

1993 y 3340 en 2003 (Hillmer, 2015). Trudeau y sus asesores analizaron varias propuestas de la ONU y finalmente mandaron doscientos cincuenta militares y seis helicópteros a Mali (para una estancia de un año), cantidad ínfima en comparación de lo que se esperaba. El compromiso real con el esfuerzo de mantener la paz ha seguido a la baja: según datos oficiales de la organización multilateral, a finales de abril de 2020 sólo había veinticinco militares y diez policías canadienses con participación en estas misiones, el número más bajo desde 1956 (Blanchfield, 2020).

También fue claro el papel protagónico de Freeland en la cuestión de Venezuela. Canadá considera al presidente Nicolás Maduro como un líder ilegítimo, y apoya a la oposición liderada por Juan Guaidó. Con Freeland, el país asumió el liderazgo del Grupo de Lima, coalición de trece naciones mayoritariamente de América Latina y el Caribe. En su cuenta de Twitter, Freeland escribió un mensaje de apoyo para Guaidó: “Canadá está con Uds. [...] Les tengo un mensaje para el gobierno ilegítimo de Maduro y los que lo apoyan: es hora de apartarse para que Venezuela vuelva a ser un país democrático” (Freeland, 2019).

En enero de 2020 Guaidó realizó una gira por varias naciones, en la búsqueda de apoyos para fortalecer su posición como líder legítimo de Venezuela. Justin Trudeau y el nuevo canciller canadiense, Francois-Philippe Champagne, lo recibieron en Ottawa. En esa visita Guaidó agradeció a Canadá su respaldo para resolver la crisis de su país. Por su parte, una declaración emitida por la oficina del primer ministro dejó clara la posición del gobierno de Canadá. De este modo, Trudeau expresó su apoyo al “presidente interino y al pueblo de Venezuela, reconoció su coraje, resiliencia y tenacidad para continuar la lucha por la democracia y los derechos humanos en Venezuela [...] y al mismo tiempo condenó] las acciones antidemocráticas y los abusos a los derechos humanos del régimen de Maduro” (Radio Canada International, 2020).

A principios de mayo de 2020 un grupo de mercenarios encabezados por dos antiguos militares estadounidenses intentaron invadir Venezuela, secuestrar al presidente Maduro y apoyar al líder de la oposición. La misión militar al parecer contó con el apoyo financiero de varios grupos opositores y de Guaidó mismo. Esta operación fue un desastre total y terminó con el arresto de más de cincuenta hombres. La reacción del gobierno canadiense a la invasión ilustra bien la actitud de su giro a la derecha, que se ha desarrollado desde la época de Mulroney, pues no condenó el intento de invasión armada

ni la forma claramente violenta de buscar un cambio de régimen en la nación sudamericana. A la postre, el canciller Champagne se comunicó con Juan Guaidó en los siguientes términos: “Excelente llamada con #presidente interino de Venezuela @jguaido. Canadá siempre apoyará al pueblo venezolano en su deseo de restaurar la democracia y los derechos humanos en su país” (Champagne, 2020).

Otro ejemplo de este manejo internacional conservador orientado hacia la derecha del gobierno de Trudeau se observa en su política hacia Israel; así, frente a las pretensiones del gobierno encabezado por Benjamín Netanyahu y Benny Gantz de anexarse parte de la ribera occidental ocupada, un área que la comunidad internacional reconoce como territorio palestino, mientras que esta última ha condenado cualquier intención anexionista, el Canadá de Trudeau, a pesar de que se ha presentado a sí mismo como el campeón de una política exterior basada en preceptos legales y morales, en este caso no se ha pronunciado sobre el tema.

Como resultado de la ausencia de crítica ante la agresiva política israelí, en junio de 2020 se publicó una carta firmada por cuatro exministros del gobierno de Chrétien y por docenas de antiguos embajadores canadienses (en total fueron cincuenta y ocho firmantes), quienes exigían que el gobierno de Justin Trudeau apoyara las resoluciones pertinentes de la ONU y condenara la política de Israel: “Como antiguos diplomáticos canadienses, lo instamos a reconocer públicamente el compromiso del gobierno canadiense con el multilateralismo y con los principios legales y a declarar que Canadá reafirma su posición de apoyo a todas las resoluciones de la ONU [...]; lo animamos a proteger el buen nombre de Canadá en la comunidad internacional y a pronunciarse claramente y en voz alta sobre esta cuestión” (Dyer, 2020). Así, en el 2020 se pudo atestiguar como —a diferencia de muchos países de la Unión Europea— la administración de Trudeau se abstuvo de condenar abiertamente la política de Israel.

En síntesis, cuando Justin Trudeau fue electo como primer ministro se esperaba de él un cambio significativo respecto de las políticas cerradas del gobierno de Harper: un amplio compromiso con las misiones de la ONU, una cooperación multilateral más notable, un apoyo a las políticas innovadoras para resolver la crisis climática, así como un aumento en la ayuda para el desarrollo; todo eso había prometido; sin embargo, los resultados de 2016 a 2020 bajo su liderazgo no rindieron los resultados esperados, en parte por razones

geopolíticas, pero también por causa del protagonismo de la canciller Free-land, que se conjugó con el desinterés de Trudeau en la materia. Quizá sea por ello que la política internacional de Canadá ha seguido un rumbo francamente inclinado a la derecha.

Como consecuencia, para muchos la política internacional del gobierno de Justin Trudeau “es casi la misma que la de Harper: adoptar una posición muy dura respecto de Irán y Rusia, tratar de derrumbar al gobierno de Venezuela, y rechazar las negociaciones con China. Para Freeland, Estados Unidos representa la ‘potencia indispensable’ y aparentemente [para ella] Canadá se sentiría perdido sin su presencia” (Carment y Nimijean, 2019). Lamentablemente muy poco ha cambiado.

## Conclusiones

Las administraciones de Pierre E. Trudeau (1968-1984) y de su hijo Justin (2015-2020)<sup>1</sup> constituyen dos excelentes elementos de estudio para ilustrar la evolución de la política internacional de Canadá. La impresión que intentó proyectar Justin Trudeau al ser elegido consistía en que, tras años caracterizados por el dominio de una política sumamente conservadora, con una dependencia excesiva de los intereses económicos de Estados Unidos, Canadá iba por fin a seguir un camino más independiente, más libre y progresista en cuestiones de relaciones internacionales. Este capítulo ha procurado demostrar que en gran medida ese objetivo no se ha cumplido, y que el primer ministro no ha modificado notablemente la política internacional (esencialmente conservadora) de sus antecesores. En efecto, desde el gobierno de su padre se ha ido desarrollando un claro giro hacia la derecha más conservadora en la política exterior canadiense.

En términos de la política del desarrollo internacional puede hacerse una comparación notable entre los dos Trudeau. En 1969, el Banco Mundial publicó el *Informe Pearson* —realizado por un comité encabezado por el antiguo primer ministro Lester Pearson—, el cual recomendaba que para 1975 los países más ricos deberían aumentar su ayuda para el desarrollo internacional

<sup>1</sup> Fue en 2020 cuando se redactó el presente texto. Por ello, el análisis culmina en el primer año de la segunda gestión del primer ministro Justin Trudeau, después de su reelección tras las elecciones federales de otoño de 2019.



u ODA (Overseas Development Assistance) hasta el 0.7 por ciento de sus PIB. En 1970 Canadá contribuyó con el 0.41 por ciento, tendencia que culminó con el 0.54 por ciento de 1975. Desde entonces su contribución se ha ido reduciendo, cayendo hasta el 0.22 por ciento en 2001. En el periodo 2014-2016 (primeros años del gobierno de Justin Trudeau) fue del 0.26, y se estima que seguirá su descenso hasta regresar nuevamente al 0.22 por ciento en 2021 (Sepúlveda, 2017).

Respecto de la política exterior también se observa una actitud cada vez más conservadora. Canadá es una potencia mediana que tiene la ventaja, y la desventaja, de ser vecina de una superpotencia, que gobernó durante los últimos años un presidente impredecible y nacionalista. Desde la época de Pierre Trudeau (1968-1984), los gobiernos de Canadá han demostrado una deferencia excesiva a esta relación. En junio de 2017, la entonces ministra Freeland resumió esta posición: “Canadá está agradecido, y siempre estará agradecido, a nuestro vecino por el papel tan trascendente que desempeña en el mundo. Y además hemos intentado, y seguiremos haciéndolo, persuadir a nuestros amigos que el liderazgo internacional continuo de Estados Unidos apoya sus propios intereses nacionales, como también los de todos los demás países del mundo libre” (Freeland, 2017). En fin, que el multilateralismo ha ido cediendo terreno cada vez más en América del Norte. Las ideas de la ex-canciller canadiense reflejan el mismo ideario de Mulroney y Harper.

Además de la tendencia conservadora se aprecia también una notable falta de consistencia en las políticas adoptadas por el gobierno de Trudeau, lo cual constituye la última etapa de su camino hacia la derecha. Canadá ha enfatizado su compromiso firme con una agenda feminista internacional, pero continúan sus ventas de armamento a Arabia Saudita, en cuyo territorio los derechos de las mujeres son sumamente limitados. Esta política se justifica en el acuerdo original firmado durante el gobierno de Harper, otro ejemplo de la continuidad.

En América Latina, el gobierno canadiense aboga por la instauración de la democracia en Venezuela y condena a la administración de Maduro, pero no se pronunció en absoluto frente a los manifiestos abusos de poder en Chile en 2019 y 2020, el golpe de Estado en Bolivia, el pésimo récord de los derechos humanos en Brasil, la corrupción en Honduras o la represión en Colombia. No es casual que todos estos países sean miembros del Grupo de Lima, que lidera Canadá, ni tampoco lo es que detrás de este escenario político

está Washington, que apoya decididamente los esfuerzos para derrocar al presidente venezolano, a quien considera ilegítimo. Se trata de una política de indignación selectiva que es la base del posicionamiento internacional de Justin Trudeau, justamente como lo fue para Mulroney y Harper.

En 2010, Stephen Harper intentó ganar un escaño en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y perdió frente a Portugal. Esta decisión adversa para Canadá fue la primera de esta índole desde que en 1946 lo intentó por primera vez, y con razón se consideró un desastre diplomático. En 2016, el país comenzó la campaña para ocupar el escaño en 2020, y esta vez competía con Irlanda y Noruega, en un proceso en que saldrían elegidos dos de los tres países. Los dos europeos son Estados pequeños, con poblaciones de 4 900 000 y 5 300 000, respectivamente, y en teoría no debieron significar reto alguno para Canadá, con sus 38 000 000 de habitantes; sin embargo, en los últimos tiempos los dos países europeos han donado un porcentaje más alto de su PIB que Canadá a la organización multilateral, y a pesar de ser naciones con menores recursos contribuyen mucho más en los programas para mantener la paz: Irlanda, por ejemplo, tiene 474 militares en tales programas, y Noruega 65 (Blanchfield, 2020).

Ahora bien, donde se observa con mayor nitidez este giro a la derecha más conservadora en la política internacional de Canadá es cuando se comparan las participaciones de militares canadienses en las misiones de paz de la ONU con los despliegues de efectivos en las acciones de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Así, por ejemplo, únicamente treinta y cinco efectivos estaban desplegados en esas misiones en mayo de 2020, una cantidad que incluye a diez policías. En contraste, en relación con los programas de la OTAN, tan recientemente como enero del mismo año Canadá envió cuatrocientos cincuenta militares a Latvia como parte de la defensa de ese país contra una potencial invasión rusa, una diferencia notable que ilustra las prioridades del gobierno de Justin Trudeau (Kilpatrick, 2020).

En junio de 2020 tuvo lugar la votación en la ONU en la cual, para gran sorpresa de muchos, Canadá perdió frente a los dos países más pequeños tras obtener sólo ciento ocho votos, frente a ciento veintiocho de Irlanda y ciento treinta de Noruega. Este golpe fue un baño de realidad para los esfuerzos del gobierno de Trudeau por demostrar que Canadá estaba de vuelta, tal y como lo declaró en la famosa cumbre climática de París en 2015; a fin de cuentas, el revés canadiense para alcanzar un escaño en el Consejo de Seguridad fue

una clara expresión de que la comunidad internacional ya identifica que Ottawa ha venido perdiendo a lo largo de las recientes décadas el espíritu progresista y multilateralista trazado por Pierre Elliott Trudeau en los setenta y los ochenta del siglo pasado. Este giro hacia la derecha continúa. Ojalá y que esa dolorosa derrota diplomática para nosotros los canadienses sea analizada de manera seria y objetiva por nuestros líderes en Ottawa, para que finalmente la política internacional de Canadá en efecto pueda regresar al camino tradicional dibujado por el padre del primer ministro.

## Fuentes

BLANCHFIELD, MIKE

2020 “Canada’s Peacekeeping Contribution at Lowest Level in More than 60 Years”, en <<https://www.theglobeandmail.com/canada/article-canadas-peacekeeping-contribution-at-lowest-level-in-more-than-6/>>, consultada en julio de 2020.

BREAN, JOSEPH

2014 “Harper Signs \$2.5B Deals with China, and Raises Human Rights Issues Signaling New Era of Cooperation”, en <<https://nationalpost.com/news/politics/harper-signs-2-5b-deals-with-china-and-raises-human-rights-issues-signalling-new-era-of-cooperation/>>, consultada en julio de 2020.

BROWNE, RACHEL

2019 “In 2015 Justin Trudeau Declared ‘Canada is Back’ —So Where Are We Now?”, en <<https://globalnews.ca/news/6047377/justin-trudeau-2015-and-now/>>, consultada en julio de 2020.

CANADA’S HUMAN RIGHTS HISTORY

2020 “Human Rights in Foreign Policy”. *Canada’s Human Rights History*, en <<https://historyofrights.ca/history/human-rights-in-foreign-policy/4/>>, consultada en julio de 2020.

## CANADIAN BROADCASTING COMPANY (CBC)

- 2014a “Stephen Harper Attacks Vladimir Putin and ‘Evil Communism’”, en <<https://www.cbc.ca/news/world/stephen-harper-attacks-vladimir-putin-and-evil-communism-1.2660700>>, consultada en julio de 2020.
- 2014b “Stephen Harper Maintains Hamas to Blame after Shelling of UN School in Gaza”, en <<https://www.cbc.ca/news/politics/stephen-harper-maintains-hamas-to-blame-after-shelling-of-un-school-in-gaza-1.2723097>>, consultada en julio de 2020.

## CARMENT, DAVID y RICHARD NIMIJEAN

- 2019 “Trudeau’s Precarious Hold on the Liberal Foreign Policy Agenda”, en <<https://ipolitics.ca/2019/07/09/trudeaus-precarious-hold-on-the-liberal-foreign-policy-agenda/>>, consultada en julio de 2020.

## CASILLAG, RON

- 2014 “Why is Stephen Harper One of Israel’s Staunchest Supporters?”, en <<https://www.timesofisrael.com/why-is-stephen-harper-one-of-israels-staunchest-supporters/>>, consultada en julio de 2020.

## CBC RADIO

- 2018 “Sleeping with a Very Cranky Elephant: The History of Canada-U. S. Tensions”, en <<https://www.cbc.ca/radio/thesundayedition/the-sunday-edition-june-17-2018-1.4692469/sleeping-with-a-very-cranky-elephant-the-history-of-canada-u-s-tensions-1.4699017>>, consultada en julio de 2020.

## CHAMPAGNE, FRANCOIS-PHILIPPE

- 2020 Cuenta de Twitter @FP\_Champagne, consultada en julio de 2020.

## DELVOIE, LOUIS

- 2018 “Mixed Record on Foreign Affairs”, en <<https://www.thewhig.com/opinion/columnists/mixed-record-on-foreign-affairs>>, consultada en julio de 2020.

DYER, EVAN

2020 “Exministers, Ambassadors Call on Trudeau to Push Back against Israeli Annexation Plan”, en <<https://www.cbc.ca/news/politics/ambassadors-ministers-israel-west-bank-netanyahu-trudeau-1.5594205>>, consultada en julio de 2020.

ESCALERA-FLEXHAUGH, SABRINA

2014 “Canada’s Controversial Engagement in Honduras”, en <<https://www.coha.org/canadas-controversial-engagement-in-honduras/>>, consultada en julio de 2020.

FREELAND, CHRYSTIA

2019 Cuenta de Twitter (@freeland), consultada en julio de 2020.

2017 “Address by Minister Freeland on Canada’s Foreign Policy Initiatives”, en <[https://www.canada.ca/en/global-affairs/news/2017/06/address\\_by\\_ministerfreelandoncanadasforeignpolicypriorities.html](https://www.canada.ca/en/global-affairs/news/2017/06/address_by_ministerfreelandoncanadasforeignpolicypriorities.html)>, consultada en julio de 2020.

GLOBAL AFFAIRS CANADA

2014a “Canada Strengthens Ties with Honduras”, en <<https://www.international.gc.ca/media/state-etat/news-communiqués/2014/01/24a.aspx?lang=eng>>, consultada en julio de 2020.

2014b “Stephen Harper Maintains Hard Line on Hamas, Russia, China”, en <<https://www.rcinet.ca/en/2014/07/31/pm-maintains-hard-line-against-russia-hamas-and-china/>>, consultada en julio de 2020.

HEINBECKER, PAUL

1974 *Getting Back in the Game: A Foreign Policy Playbook for Canada*. Toronto: Dundurn Press.

HILLMER, NORMAN

2015 “The Canadian Peacekeeping Tradition”, en <<https://www.thecanadianencyclopedia.ca/en/article/the-canadian-peacekeeping-impulse-feature>>, consultada en julio de 2020.

## HUMAN RIGHTS WATCH

2019 “Honduras: World Report, 2019”, en <<https://www.hrw.org/world-report/2019/country-chapters/honduras>>, consultada en julio de 2020.

## KILPATRICK, SEAN

2020 “Canadian Troops in Latvia Stay on Target as COVID-19 Upends Other Missions”, en <<https://nationalpost.com/pmnl/news-pmn/canada-news-pmn/canadian-troops-in-latvia-stay-on-target-as-covid-19-upends-other-missions-2>>, consultada en julio de 2020.

## KIRK, JOHN Y PETER MCKENNA

1997 *Canada-Cuba Relations: The Other Good Neighbor Policy*. Gainesville, Florida: University Press of Florida.

## KOLGA, MARCUS

2018 “Chrystia Freeland and the Return of a Principled Foreign Policy: Marcus Kolga for Inside Policy”, en <<https://www.macdonaldlaurier.ca/chrystia-freeland-return-principled-canadian-foreign-policy-marcus-kolga-inside-policy/>>, consultada en julio de 2020.

## MORROW, ADRIAN

2018 “Bush and Mulroney: A Camaraderie We May Not See Again”, en <<https://www.theglobeandmail.com/world/us-politics/article-bush-and-mulroney-a-camaraderie-we-may-not-see-again/>>, consultada en julio de 2020.

## RADIO CANADA INTERNATIONAL

2020 “Leader of Venezuela’s Opposition Gets Backing in Canada”, en <<https://www.rcinet.ca/en/2020/01/28/trudeau-guaido-meeting-canada-venezuela/>>, consultada en julio de 2020.

## SEPÚLVEDA, EDGARDO

2017 “A Tale Book Ended by Two Trudeaus: Canada’s Foreign Aid since 1970”, en <<http://www.progressive-economics.ca/2017/05/03/a-tale-book-ended-by-2-trudeaus-canadas-foreign-aid-since-1970/>>, consultada en julio de 2020.

SHABAD, THEODORE

1971 “Trudeau Says Pact with Soviet Affirms an Independent Policy”, en <<https://www.nytimes.com/1971/05/21/archives/trudeau-says-pact-with-soviet-affirms-an-independent-policy.html>>, consultada en julio de 2020.

TROY, GILL e IAN MACDONALD

2011 “U.S. Presidents and Canadian Prime Ministers: Good Vibes, or Not”, en <<https://policyoptions.irpp.org/fr/magazines/canada-us-conversations-and-relations/us-presidents-and-canadian-prime-ministers-good-vibes-or-not/>>, consultada en julio de 2020.

WELLS, PAUL

2018 “If Only Stéphane Dion Had Saved Canada’s Foreign Policy”, en <<https://www.macleans.ca/politics/ottawa/if-only-stephane-dion-had-saved-canadas-foreign-policy/>>, consultada en julio de 2020.